

LOS MÍSTICOS CRISTIANOS, CREADORES DE LA PAZ

INTRODUCCIÓN

El debate sobre la guerra y la paz será siempre actual, porque, desgraciadamente, la historia del hombre sobre la tierra está teñida de sangre, de homicidios y de batallas. Las guerras de la humanidad constituyen uno de los capítulos más extensos y trágicos de su historia. El siglo XX, del que apenas hemos salido para adentrarnos en el siglo XXI, está manchado con la sangre de muchas víctimas inocentes, de tantos millones de muertos. Después de la «segunda guerra mundial» (1939-1945), las grandes guerras internacionales parece que han concluido; pero quedan otras guerras locales, cientos en los últimos sesenta años y en todas las geografías del planeta. Ante estos hechos dramáticos, el hombre pregunta a las ciencias, a la razón, a las religiones sobre los últimos porqués de esas actuaciones salvajes de los humanos. Y sobre todo les exige soluciones definitivas.

Los remedios de nuestros conflictos colectivos no son fáciles. Pero al menos los hombres buscamos razones para entenderlos, descubrir los resortes interiores, las fuerzas sociales que los provocan y los medios adecuados para solucionarlos. Hay algo en el ser humano que tiende no a la paz sino a la guerra. Son sus profundos instintos interiores, las pasiones desordenadas, las deficiencias de su espíritu que se proyectan y exteriorizan creando los grandes conflictos exteriores.

Pero existen también en el hombre otras tensiones e impulsos hacia el bien y la paz, fundados en la creencia de que todos los hombres son iguales, sujetos activos de derechos fundamentales y perfeccionados por la creencia en un Dios Trascendente que lo diviniza. Todos estos sentimientos son fuentes de paz interior que se proyec-

tan al exterior en la convivencia pacífica. Ahora bien, la perfección del hombre interior, la sanación del hombre herido, el nacimiento del «hombre nuevo», son profundas experiencias de los místicos cristianos que han descrito en sus obras doctrinales o autobiográficas. Ellos aportan ideas, doctrinas, experiencias de vida, para pacificar internamente a las personas y, mediante ellas, crear ambientes de paz en la sociedad.

El *Evangelio* de Jesús recoge una de sus enseñanzas en el Sermón del Monte: «Bienaventurados los hacedores (*eirenepoioi*) de la paz» (*Mt* 5, 9). Los místicos cristianos, como seguidores e imitadores de Jesucristo, han sido capaces de construir la paz en su interior controlando y dominando sus pasiones desordenadas. Y esa paz es la que edifica las comunidades en las que se insertan (religiosas o laicales) y la que proponen en sus escritos. Esta línea de pensamiento y acción de los místicos cristianos es la que presento como aportación para solucionar los conflictos personales y sociales, como medios para superar la guerra y crear una definitiva cultura de la paz. Pienso que es un capítulo de nuestra civilización poco explorado y, en las circunstancias actuales en las que abundan las perspectivas de guerra, puede ser utilizado y presentado como un patrimonio de la humanidad.

I. MÍSTICA, EXPERIENCIA MÍSTICA E HISTORIA

Ante la imposibilidad de presentar en este breve escrito el pensamiento de todos los místicos cristianos, su experiencia y doctrina sobre la guerra y la paz, expongo lo que considero *notas comunes* a la experiencia mística cristiana no herética. Todo ello servirá de principio hermenéutico para interpretar a otros místicos no tratados aquí. Son signos de identidad que distinguen a los auténticos de los falsos místicos en un mundo de ideas tan confusas. Es como preguntarnos sobre quién es místico, qué entendemos por experiencia mística, cómo se manifiesta en los fenómenos místicos, qué es lo que distingue una experiencia mística auténtica de los epifenómenos psicológicos provocados por drogas, por ejemplo.

Hay que decirlo claramente: existe hoy una perversión del lenguaje, una excesiva polivalencia semántica del vocabulario humano que obstaculiza la comprensión de las verdades objetivas y crea enormes confusiones. Algunas palabras como «mística», «carisma», «espiritualidad», etc. son conceptos de evidente significación reli-

giosa, teológica, ya que de ese ámbito proceden. Pues bien, ahora se extrapolan a otras áreas semánticas y se desvirtúa su sabor originario. *Místicos* o *espirituales* significan –según esa perversión semántica– tipos raros, introvertidos, misántropos, o despreocupados de los negocios temporales, etc. Veremos cuál es el significado auténtico. Y *carismático*, que, según su significado originario, es aquel que ha recibido de Dios un carisma o don especial para servir a los demás, se aplica a cualquier líder con gancho, que arrastra por sus palabras o gestos, aunque sea un charlatán de barrio, un mediocre actor de circo. Hay más ejemplos, pero estos son suficientes.

Otra perversión semejante está sucediendo con los escritos de los místicos cristianos, en los que describen, en prosa o en verso, sus íntimas experiencias religiosas. Para muchos intérpretes lo que cuenta no es el aspecto «religioso» o místico de la experiencia de Dios, sino el estilo literario (algunos son maestros del idioma), los análisis psicológicos, las variaciones de la conciencia en los que la experiencia acontece, los contornos históricos en los que el autor vive, etc. Durante siglos, si se trata de autores antiguos, sucedió que lo único que interesaba de ellos era la doctrina teológica o espiritual, leída descarnadamente, sin contornos culturales, históricos o científicos, claves necesarias para entender el núcleo de las experiencias. Pero ahora sucede todo lo contrario: lo que preocupa, lo que tiene interés son los accidentes, la periferia de la experiencia religiosa.

1. Místicos y mística cristiana: notas identificadoras

Antes de pasar adelante y presentar las experiencias y propuestas de paz de los escritores místicos, necesitamos clarificar los conceptos para que la polivalencia de los términos, ya consagrados por la teología y por la historia, no devalúe la esencia de la verdadera mística cristiana. Volvamos a los orígenes.

La *mística*, como adjetivo que cualifica a un sustantivo, procede, por lo menos, del siglo VI, que es cuando el desconocido neoplatónico, el Pseudo-Dionisio Areopagita, lo unió a *Teología*, título de una de sus obras más conocidas y de mayor influjo en la teología espiritual de Oriente y Occidente. El enigmático autor plantea el misticismo como solución al problema del conocimiento de Dios y concluye que Él es incognoscible. Por eso propone el camino de la negación de las nociones o conceptos: «La manera más digna de conocer a Dios –dice– se alcanza no sabiendo, *por la unión que*

sobrepasa todo entender»¹. Se trata del conocimiento «místico», misterioso, conocimiento profundo de Dios-misterio mediante la unión transformante en él *por el amor*.

Retenemos como valiosa esta noción de Dios como misterio objetivo para el hombre porque es lo que transforma el conocimiento humano en conocimiento «místico». Al fin y al cabo, la noción de *mística* está vinculada a la palabra *mistikós*, que connota algo secreto, misterioso y escondido para el entendimiento humano. De ahí que el conocimiento místico de Dios por el hombre es como un encuentro en la nube de la ignorancia, como afirma el Pseudo Dionisio y otros místicos, porque Dios es un ser absolutamente trascendente no sólo a los sentidos sino a toda idea. Dios es la nada de lo existente, está más allá de todo saber y conocer porque es lo absolutamente Otro. Para conocerlo –le dice Dionisio a su amigo Timoteo–, «renuncia a los sentidos, a las operaciones intelectuales, a todo lo sensible y a lo inteligible... Deja de lado tu entender y esfuérzate por subir lo más que puedas *hasta unirme con aquel que esta más allá de todo ser y de todo saber*». Dios es la «Supraesencia»². En consecuencia, el conocimiento de Dios misterio se revela él mismo en un estado extático de unión amorosa.

Si tomamos la *mística* como sustantivo, nos resulta difícil definirla por su carácter de abstracción y sólo la comprendemos cuando se hace vivencia o experiencia en algunos sujetos, los místicos. Viene a ser la situación existencial, psicológica y religiosa, la vivencia interior de una persona que se siente invadida, tocada y conducida por lo absolutamente Otro con quien mantiene una profunda relación de amor. La *mística cristiana* es esa misma experiencia que tienen algunos creyentes en Cristo que se hace presente a ellos no sólo a niveles de conciencia psicológica, sino en el cambio de sus vidas mediante la conversión hasta la excentración del yo en la entrega a Dios y a los hermanos. La unión con Dios se realiza mediante el amor y va acompañada a veces de fenómenos físicos, psicológicos o estrictamente místicos, como los *éxtasis* y *arrobamientos*, las *locuciones divinas*, las *visiones* y *revelaciones* de Dios, de Cristo, María y los santos, *clarividencia* o dones proféticos, los *estigmas* de la pasión de Cristo, etc.

1 *De divinis nominibus*, 7, 3. En *Obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, Madrid, BAC, 1990, p. 339.

2 *Teología mística*, cap. 1, 1. Ib., p. 371. En el cap. 5, la absoluta trascendencia del ser divino, más allá de todo concepto positivo o negativo. Dios es nada de lo que existe, pensamos y vemos, ib., pp. 379-380.

Notará el lector que se pasa de la concepción de la *mística* objetiva como equivalente al *misterio-Dios*, a la *mística* como experiencia *subjetiva*, es decir, a la percepción del misterio por el sujeto. No significa que pierda su carácter de objetividad, porque en las experiencias de los grandes místicos no se disocia la experiencia subjetiva de la realidad objetiva Dios. A partir de las experiencias de los místicos, de las interpretaciones de los teólogos y los análisis científicos hasta ahora realizados, podemos configurar *un retrato robot del místico cristiano* y el significado de sus experiencias religiosas. Pueden sintetizarse en las siguientes notas.

1) *Percepción de la propia subjetividad*

Es la experiencia fundante de todas las demás. El místico se auto-conoce y auto-comprende como ser y como persona existente en el mundo. Quiere esto decir, que el hombre, que se percibe como ser autónomo y las cosas que lo rodean como realidades objetivas, sometido a la experiencia mística, descubre, además de su propio yo, una realidad diversa de sí mismo y del mundo circunstante y que sostiene toda la realidad subjetiva y objetiva. Además, el místico, que se sigue considerando persona, al mismo tiempo se relaciona con otro ser personal, Dios. Las experiencias místicas en otras religiones pueden concluir en una relación con lo impersonal, con el universo, por ejemplo, dotado, según esto, de capacidades relacionales inconscientes. O puede perderse el sentido de la propia identidad personal absorbida por la inmensidad de un Dios omnipresente, como en el panteísmo.

2) *Experiencia subjetiva de lo objetivo trascendente*

Como acción del hombre, sujeto racional, toda experiencia mística es percibida por las potencias cognoscitivas del hombre, el entendimiento, los sentidos interiores y exteriores. Pero no consiste sólo en entrar en relación con las cosas o las personas, sino con «algo» especial que hay en ellas, lo que san Juan de la Cruz no sabía definir y lo hizo apelando al misterioso «aquello», que pedía el alma enamorada al Esposo Cristo, que es ver a Dios, porque «qué le sea al alma ver a Dios no tiene nombre más que *Aquello*³. Lo que R. Otto llamó lo *Absolutamente Otro*, el místico cristiano lo entiende como

3 *Cántico Espiritual*, 38, 3. 5-6.

la Realidad fundante, lo axial de lo existente en él y fuera de él. Una realidad última que le supera, pero lo siente como absolutamente necesario. Un hombre que «cree» en el Dios cristiano traduce el neutro de lo *Absolutamente Otro* por el nombre de Dios del A. Testamento y, sobre todo, el Dios del N. Testamento, el «Dios de Nuestro Señor Jesucristo». Sería, pues, una experiencia subjetiva, pero de un misterio objetivado en la revelación, en la liturgia de la Iglesia y en la historia. Hay experiencia del Dios-misterio porque existe el misterio. Con ello se evita la excesiva subjetividad o psicologización de la experiencia y se exalta lo objetivo misterioso de Dios en toda experiencia mística.

Esta percepción del Otro por el místico es *inmediata*, sin mediaciones de imágenes o conceptos, ni siquiera percibida por los sentidos o por las potencias. Pero, al mismo tiempo, tiene un referente corporal, físico o psíquico, porque la experiencia recae en los componentes básicos del ser humano provocando los «fenómenos» místicos que menciono a continuación. Es un contacto directo del yo con el Tú Absoluto, como una relación de esencias, en una unión transformante. Los teóricos del misticismo debatieron, desde la edad media, sobre el lugar exacto donde se realiza la unión con Dios Trascendente. Ciertamente es en lo más profundo del ser.

3) *Sentimiento de presencia de Dios y otros fenómenos místicos*

El «sentimiento de presencia», o consciencia de que Dios está ahí, cercano, experimentable de alguna manera y que se revela como existente y actuante, es un fenómeno común al comienzo de la experiencia mística que puede provocar una conversión instantánea. Así ha sucedido y lo demuestra la historia de las conversiones. Al comienzo de sus experiencias místicas, santa Teresa de Jesús tuvo este sentimiento muy vivamente percibido y lo expuso con objetividad y claridad.

«Tenía yo algunas veces... comienzo de lo que ahora diré. Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo, que he dicho, y aun algunas veces leyendo, *venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios* que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en Él. Esto no era manera de visión; creo lo llaman *mística teología*»⁴.

⁴ *Autobiografía*, cap. 10, 1. Primera visión imaginaria de Cristo hacia los 25 años de edad, en un período no místico, sino de atonía espiritual estando en el convento de *La Encarnación*, cf. ib., cap. 7, 6. Algunas visiones intelectuales de

En la descripción de la Santa y en otros escritos místicos y narraciones experienciales de conversión, se constata que a veces los fenómenos místicos irrumpen en la persona humana sin previo aviso, espontáneamente, bien sea en forma de «sentimientos de presencia», o como *visiones* (de Dios, Trinidad, Cristo Dios y Hombre, los ángeles, santos, demonios), *locuciones* (voces celestes), éxtasis o arrobamientos, estigmas de la pasión de Cristo, conversiones instantáneas, etc.⁵.

Fenómenos parecidos han tenido otros muchos místicos y algunos no místicos ni aun creyentes, como el caso del filósofo español D. Manuel García Morente, profesor en la universidad de Madrid, no creyente sino agnóstico. Exilado en París a causa de la guerra civil española (1936-1939), allí tuvo una experiencia parecida de sentimiento de presencia de Cristo, que él explicó después con esos textos citados de santa Teresa⁶. En un ámbito mucho más universal lo interpretó William James al comienzo del siglo XX en una conocida obra, *Las variedades de la experiencia religiosa. Estudios sobre la naturaleza humana*. En ella habla también de la «conciencia de una presencia», que puede tener una explicación teísta como fenómeno religioso parecido al que comentamos, o como alucinaciones de personas con algún desequilibrio psíquico⁷.

Cristo, no sensorializadas, cf. ib., cap. 27, 2-8, *passim*. Los capítulos 28-29 de su *Autobiografía* son muy ricos en este tipo de experiencias.

5 La más amplia información de estos «fenómenos» místicos se encuentra en el conocido *Dictionnaire de Spiritualité*, la mayor parte firmados por Isaías Rodríguez, París, 1932-1995, en sus lugares respectivos. Se hicieron célebres los artículos sobre el tema, después publicados como libro, del jesuita Herbert H. Ch. Thurston, *The physical Phenomena of Mysticism*, London, 1952, traducido a varias lenguas. Recoge también muchos materiales sobre el tema, A. Royo Marín, *Teología de la perfección cristiana*, parte cuarta, Madrid, BAC, 1988⁶, pp. 879-957.

6 El autor lo publicó con el título de *El hecho extraordinario*, donde intenta explicar cómo el fenómeno de la visión de Cristo cambió su vida, se convirtió en ferviente creyente, se hizo ordenar de sacerdote y así perseveró hasta la muerte. La última edición que conozco, cf. en Teodoro H. Martín (Editor), *¡Te conocimos, Señor!*, Madrid, BAC, 1999, pp. 43-83, con la «introducción» de Juan de Dios Martín Velasco, pp. 5-41.

7 Cf. en edición castellana, 2 vols, Barcelona, Orbis, 1988. Conferencia 3: «La realidad de lo oculto», pp. 73-87. Un estudio moderno sobre las teorías de W. James, cf. en G. William Barnard, *Exploring unseen World. William James and the Philosophy of Mysticism*, Albany (NY), State University of New York Press, 1997.

4) *Experiencia consciente de pasividad y gratuidad*

Significa que el cristiano que tiene la experiencia mística es consciente de recibir de Dios, del Espíritu Santo, las *iluminaciones* para comprender el misterio objetivo y las *mociones* para obrar rectamente. Y esto no sólo en el primer momento de la vida creyente, la llamada «primera conversión», sino durante todo el proceso. Pero no se entienda en el sentido de que Dios interviene en todos los actos conscientes del místico, como fuerza interior que facilita el acto de creer (cuando se pasa de la increencia al acto de fe, por ejemplo, en la conversión), en el modo heroico de responder a la creencia, el obrar de modo moralmente correcto y sin esfuerzo. Esta operación divina es percibida por el místico como un *don*, como pura *gratuidad* porque se le da como don no debido al hombre, ni como premio por las buenas obras precedentes. Y como *pasividad* porque es Dios quien obra en el hombre, pero no totalmente sin el hombre. La misma *paz profunda del espíritu* que experimenta el místico sería uno de los fenómenos que acontecen en el ser humano no como simple deseo o conquista con sofisticados mecanismos psicológicos, sino como un *don* de Dios.

5) *Dimensión profética de la mística*

A pesar de la crítica que se hace en contra, los místicos cristianos no se sienten aislados de los quehaceres temporales y mundanos, sino que están implicados en ellos con su *carisma profético* que les impulsa a cumplir un destino de liberación. Sus experiencias de Dios no son sólo de su misterio, sino de su obra creadora *ad extra*, de la cual hace partícipes a todos los que él escoge para una misión especial. La experiencia mística es precisamente la consciencia que tienen algunos hombres de que Dios actúa en su vida, la cambia y transforma, y, mediante la transformación interior, realizan la *misión profética* que se les encomienda. La acción humana, social, y aun política que algunos místicos han realizado, es el cumplimiento de la experiencia mística del Dios cristiano, que es un Dios que actúa en la historia, no sólo símbolo arquetípico del universo. En este contexto habría que pensar en la misión que algunos místicos han tenido de ser liberadores de pueblos, sembradores de paz o predicadores de la guerra justa para conseguir bienes mejores. La religión histórica, como es el cristianismo, no tiene los problemas que otras religiones llamadas, en sentido estricto, «místicas», que pueden enajenar a los que participan de esas creencias.

6) *La inefabilidad y la efabilidad*

Son dos conceptos claros para quienes leen con frecuencia los escritos de los místicos, especialmente los autobiográficos. En toda experiencia mística, sobre todo en los comienzos, hay un proceso de conocimiento personal de Dios y su misterio que es intransferible o *inefable*. El místico siente la incapacidad de discernir de qué especie de fenómeno se trata y mucho mayor la de comunicarlo a los otros. Y en un segundo momento, les nace una especial habilidad para utilizar el vocabulario preciso y revestir de conceptos y de palabras el contenido formal de la experiencia, las variaciones de la conciencia y los fenómenos que los acompañan. Santa Teresa de Jesús, mujer culta por sus muchas lecturas, pero sin cultivo académico, describe ese proceso en un lenguaje claro que revela sus propias experiencias.

«Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas. Y mucho tiempo que, aunque me lo daba el Señor, palabra no sabía decir para darlo a entender; que no me ha costado esto poco trabajo».

De esta experiencia personal, elaboró una teoría o axioma para ayudar a místicos noveles e inexpertos o directores espirituales poco entendidos y sin experiencia.

«Porque una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es»⁸.

La Santa no es inventora de esa teoría, sino que la acepta de la tradición y la difunde, siendo en ella maestra a la que hay que acudir⁹.

⁸ *Autobiografía*, caps. 12, 6 y 17, 5, respectivamente. Los problemas que le creó esa incapacidad de comunicar sus experiencias místicas a sus consejeros, cf. *ib.*, cap. 23, 11-12.

⁹ Más información sobre estas *notas* de la mística, en Daniel de Pablo Maroto, *El camino cristiano. Manual de Teología espiritual*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1996, pp. 280-286. Santiago Guerra, «Mística», en X. Pikaza - N. Silanes (Dir.), *Diccionario teológico. El Dios cristiano*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1992, pp. 897-916.

2. *Místicos e historia*

Me parece también conveniente, para entender la misión histórico-profética de los místicos en la Iglesia cristiana y la sociedad en que se insertan, recordar una constatación histórica: *el carácter de oportunidad* de los místicos, que es como decir que aparecen cuando son más necesarios. La Providencia los envía a veces en los momentos históricos que más los necesitan, como para demostrar que el Espíritu existe y que dirige los destinos del mundo. La existencia del «resto» de Israel en la revelación del Antiguo Testamento, con la presencia de profetas, sería una de las concepciones de la historia para probar la necesidad de los místicos en la Iglesia cristiana. Ellos son los prototipos o arquetipos de la presencia viva y actuante de Dios en medio de su pueblo, la Iglesia cristiana. Y mediante ese pueblo reducido en número, pero fuerte en la fe, sigue realizando su misión salvífica. Esta interpretación, evidentemente, no es meramente «histórica», sino «teológica». Pertenece a una visión de la historia como «historia de salvación». Desde ese contexto bíblico, se puede afirmar que los místicos transmiten voces proféticas, mesiánicas, como venidas del más allá y que se oyen cuando la humanidad más las necesita. Por eso mismo los místicos son personajes originales, excepcionales, necesarios.

En un *a priori* racional, podríamos pensar que el misticismo es la floración consecuente a una época rica en reformas, en vida cristiana auténtica; que emergen en épocas de bonanza y de paz social. Pero los hechos desmienten ese *a priori* porque, de hecho, la historia confirma que la presencia de los místicos no coincide siempre con épocas de florecimiento de la Iglesia, de sus instituciones, ni de la misma sociedad, sino más bien con tiempos de decadencia. Este dato puede extrañar si no profundizamos en su significado y por lo mismo no siempre se ha tenido en cuenta para una interpretación auténtica del fenómeno del misticismo histórico.

Existe una razón que puede justificar esa aparente anomalía o situación paradójica y casi contradictoria: la mística auténtica, al menos en el cristianismo, es una *mística profética*, una experiencia de Dios que urge el compromiso con la historia; que no tiende sólo a la unión con Dios, por muy transformante que se piense, sino a la unión con Dios para cambiar a la persona y las instituciones, también las culturales y políticas¹⁰. Esta constatación histórica es la que

¹⁰ Breves alusiones a esta doble afirmación de los fenómenos religiosos, cf. en Carlos Domínguez Morano, «Místicos y profetas: dos identidades religiosas»: *Proyección*, 48 (2001) 339-336. Resumido, en *Selecciones de Teología*, 42 (2003) 3-15.

nos permite estudiar *la aportación de los místicos a la causa de la paz* y, cuando no es posible otra salida, la aceptación de una guerra menos injusta. Recordemos y analicemos algunos ejemplos. El misticismo en la Iglesia cristiana es un fenómeno más abundante en el segundo milenio de su historia y en él intervienen también muchas mujeres, en un tiempo de predominio machista y patriarcal casi absoluto y en una Iglesia androcéntrica.

La Iglesia cristiana ha soportado momentos serios de crisis, pero pocos tan graves como la sufrida en torno a los siglos IX-XII, conocido como «siglo de hierro del pontificado». Pues bien, en esos momentos de oscuridad, surge la luz con las reformas monásticas de *Cluny*, los *cistercienses*, la *Cartuja* y otros movimientos eremíticos, las cruzadas para conquistar Tierra Santa a los musulmanes, que tienen también un componente místico, las peregrinaciones a los lugares santos, como Jerusalén, Roma, Santiago de Compostela y otros lugares, etc. Y también florecen algunas de las grandes místicas, como *Isabel de Schönau* (+ 1164), *Hildegarda de Bingen* (+ 1179), *Hadewijch de Amberes*, en el centro y noroeste de Europa, algo que llamó la atención de los cronistas de la época como especial providencia de Dios.

Tiempos también atormentados fueron los siglos XIV-XV, con el «destierro de los papas en Avignon» (1309-1378), el «cisma de Occidente» con la presencia simultánea de dos y tres papas (1378-1417), que culminó con la vida casi pagana en la sede del Vaticano en Roma, una de las cortes principescas de mayor boato de Europa¹¹. También aquí el Espíritu de Dios suscitó una serie de místicos y, sobre todo, místicas, como *Matilde de Magdeburgo* (+ 1282 ¿?), *Matilde de Hackeborn* (+ 1299), *Gertrudis de Helfta* (+ 1302), *Ángela de Foligno* (+ 1309), *Brígida de Suecia* (+ 1373), *Catalina de Siena* (+ 1380), *Juliana de Norwich* (+ hacia 1420), *Juana de Arco* (+ 1431), *Margarita Kempe* (+ 1439), las dos en Inglaterra, y otras muchas entre las mujeres, pero también abundan los místicos varones¹².

También, Pepe Rodier, «Mística o compromiso o mística y compromiso»: *Frontera. Pastoral misionera*, 19 (2001) 291-304.

11 Todos estos datos a los que hacemos referencia se pueden leer en cualquier *Historia de la Iglesia*, cristiana o católica en cualquier lengua. Una de las más completas y conocidas es la de H. Jedin (Dir.), *Manual de historia de la Iglesia*, para estos períodos, vols. III-IV, Barcelona, Herder, 1970 y 1973.

12 El misticismo femenino es un tema muy explorado hoy, especialmente por mujeres escritoras, preocupadas por recuperar el puesto que las mujeres deben ocupar en la sociedad moderna y en la Iglesia. Cf. mi síntesis en dos estudios actuales. *Espiritualidad de la baja edad media*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2000, parte III, cap. 1, pp. 341-363. Id., «Mística femenina y experiencia

El siglo XVI español puede ser una excepción, en el sentido de que la presencia de escritores místicos y místicas es muy abundante, y, al mismo tiempo, la Iglesia estaba floreciente y España, como estado moderno, llegó a la cumbre de su «edad de oro». Desde mediados del siglo XIV, y especialmente durante los siglos XV y XVI, se suceden las reformas de las órdenes religiosas, del clero y del laicado, sobre todo a partir del reinado de los Reyes Católicos, mucho antes de las reformas del concilio de Trento (1545-1563).

Pero en medio de ese esplendor de oro, la Iglesia vive en un momento de debilidad porque está excesivamente apoyada en el sistema político de los Reyes Católicos y de sus herederos, el emperador Carlos V y su hijo el rey Felipe II. Los místicos, especialmente los heterodoxos, son los que mantienen el principio de la libertad religiosa como un derecho inalienable en el hombre; y los mismos místicos que aceptan plenamente la ortodoxia de la Iglesia católica, actuarán en ocasiones como «rebeldes sumisos»¹³. Santa Teresa, como mujer, se mantuvo dentro de la ortodoxia católica, pero protestó, como pudo, del dominio especial de la Iglesia sobre las mujeres, especialmente las escritoras¹⁴.

Sirvan estos breves apuntes con algunas referencias para encuadrar el tema de fondo que interesa dilucidar: *la aportación de los místicos y místicas a la pacificación de los individuos y de las instituciones*.

de Dios en la edad media»: *Revista de Espiritualidad*, 60 (2001) 529-576. En ambos, abundante bibliografía moderna. Entre la innumerable literatura en inglés, cf. P. Dronke, *Women Writers of the middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984. Y Bernard Mc Ginn, *The Presence of God: A History of Western Christian Mysticism. III: The Flowering of Mysticism. Men and Women in the New Mysticism (1200-1350)*, New York, Crossroad Publishing Company, 1998.

13 De toda la inmensa literatura que se puede aportar, como obras generales, cf. la conocida obra de M. Bataillon, *Erasmus y España*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1966². Y los estudios de Melquíades Andrés, *Historia de la mística de la edad de oro en España y América*, Madrid, BAC, 1994. Y *Los místicos de la edad de oro en España y América. Antología*, Madrid, BAC, 1996.

14 Muy abundante es la bibliografía sobre el tema teresiano. La obra más completa es la publicada por los editores de sus obras completas bajo la dirección de A. Barrientos, *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2002, 678 pp. Sobre el tema de la mujer y la respuesta de Teresa de Jesús, cf. en mi obra *Dinámica de la oración. Acercamiento del orante moderno a santa Teresa de Jesús*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1973, pp. 83-134.

II. EXPERIENCIA Y DOCTRINA SOBRE LA PAZ DE ALGUNOS MÍSTICOS

Esta primera parte se completa con la vida y la doctrina de algunos místicos, muy significativos en la tradición religiosa de Occidente, y que pueden servir de pauta para el estudio de otros muchos, tanto de la edad media como de los tiempos posteriores. De cada uno recordaré los datos elementales de su biografía y sus obras escritas, las necesarias para ayudar a los lectores a encuadrar sus acciones al servicio de la paz o mentalidad pacifista, o sus doctrinas sobre la paz interior. Espero que la selección sea suficientemente representativa de toda la tradición mística cristiana de Occidente.

1. San Francisco de Asís (1181-1226)

Comenzamos con uno de los hombres más populares y conocidos, famoso ya en vida y casi mitificado después de su muerte. Para algunos será el arquetipo de santo cristiano de la edad media que no ha perdido vigencia en nuestro tiempo. Cualquier movimiento pacifista de nuestros días tiene en san Francisco un referente esencial. Los ecologistas también encontrarán, como en muchos santos monjes de los antiguos «desiertos», un eminente amor de la naturaleza en la que ve un rastro de Dios.

1) Trazos de una vida

Francisco de Asís nació en la ciudad italiana de Asís a finales de 1181, en el momento en que Italia despertaba a una nueva mentalidad y civilización. Superado el feudalismo medieval y el poder de los señores feudales, los nobles y otras oligarquías, crece la importancia de los municipios y pequeñas ciudades, los burgos, las villas y las instituciones comunales. Europa vive en tensión de guerra santa, es tiempo de cruzadas desde 1098, de ideales caballerescos. Al crecer la importancia política de las ciudades, se potencia al mismo tiempo la economía y la cultura, las pequeñas industrias y los productos manufacturados, los intercambios comerciales y financieros. Y, sobre todo, nace un hombre nuevo, el burgués o habitante de los burgos, que promueve una nueva mentalidad: el humanismo, fundado en la libertad individual, en la riqueza, en el saber, en un cristianismo renovado. Es el tiempo de las grandes catedrales, de las universidades, como centros de saber universal y abiertas a todos

los pueblos. La religión sigue siendo el centro de los intereses de los nuevos ciudadanos. Europa se renueva en los siglos XII y XIII, los tiempos de Francisco de Asís. En ese clima social, cultural y religioso se entiende su aventura humana y religiosa.

Su formación académica fue bastante elemental, pero es presentado por sus biógrafos contemporáneos como «de vivo ingenio», capacitado para la elocuencia como líder de grupos humanos e iluminado sobrenaturalmente por Dios. Durante su juventud, colaboró con su padre en el negocio familiar como vendedor de paños, que le proporcionaba el suficiente dinero para hacer de él un joven rico y generoso, amante de las juergas nocturnas, dilapidador de la fortuna de su padre con los jóvenes de su edad. Pero siempre conservó un espíritu cristiano y piadoso. Como buen ciudadano de Asís, se embarcó en la aventura de las armas y la guerra contra la ciudad vecina de Perugia. Perdida la batalla, encarcelado y fracasado en otros proyectos bélicos, Francisco recibió un día la iluminación divina. Voces celestes le invitaban a no servir a los grandes de la tierra, señores de la guerra al fin, sino al Señor del cielo. «Francisco –dice su primer biógrafo– cambia las armas carnales en espirituales, y recibe, en vez de la gloria de ser caballero, una investidura divina»¹⁵.

Su conversión consistió en un encuentro con Cristo que le habló en un crucifijo bizantino pidiéndole restaurar su Iglesia. Al mismo tiempo, le descubrió la necesidad de decir no a las armas y a las ambiciones humanas, no a la guerra entre ciudades hermanas, sí acoger y servir a los pobres y a los enfermos leprosos, a quienes ayudó con su fortuna y la de su padre, Pietro di Bernardone. También la voz del Cristo bizantino de la iglesia de *San Damián* le urgió la renuncia a los bienes de sus padres, vivir en una pobreza como mendigo para descubrir que Dios sería su padre providente. Francisco de Asís se convirtió en apóstol itinerante, en juglar de Dios, en «heraldo del gran Rey», en fundador de un movimiento espiritual con los discípulos y seguidores que aceptaron su proyecto de vida. De esos primeros grupos y sus herederos nacieron los franciscanos o los *Hermanos Menores*, que, viviendo de su espíritu y profundizándolo, crearon el *franciscanismo*.

15 Tomás de Celano, *Vida segunda*, 6. Explicación más profunda la da san Buenaventura, *Leyenda mayor*, 1, 3. En *San Francisco de Asís. Escritos. Biografía. Documentos de la época*, Madrid, BAC, 1995^o. Seguiré esta edición, sin indicación de páginas, porque los lectores pueden consultar los textos en otras ediciones y en varias lenguas.

Francisco es autor de algunos «escritos» breves. Unas *Reglas* para los *Hermanos Menores*, unas pocas *Cartas*, unas *Oraciones*, entre las que se encuentra el *Cántico de las criaturas*, o *Cántico del hermano sol*, una composición poética, lírica y sagrada de las más bellas que se conocen en la literatura religiosa. Un *Testamento* espiritual, y poco más. Además, su figura se hizo casi mítica en crónicas y biografías de sus contemporáneos, como las de los franciscanos Tomás de Celano y san Buenaventura, las *Floreçillas* y otras leyendas escritas por seguidores y enamorados de Francisco. Murió en Asís el día 3 de octubre de 1226. Pero su figura ha sobrevivido al tiempo y a la historia, rodeado de admiradores por diversos motivos, entre otros por ser un santo amante de la naturaleza, de la vida y de la paz universal. Ostenta el título de patrón principal de Italia, de los comerciantes italianos, y, además, el papa Juan Pablo II lo nombró patrono de los ecologistas (29 de noviembre de 1979)¹⁶.

2) *Experiencias místicas de san Francisco*

Ya hemos hecho alusión a las «voces» celestes, oídas de camino a la guerra de Apulia, para que abandonara la carrera de las armas y sirviese al Señor Jesús. «Voces» también le llegaron de la boca del Crucificado Jesús en la iglesia de *San Damián* en Asís, que le ordenaban la restauración de la Iglesia. En algunos de sus escritos, especialmente de las *Reglas*, expresa la convicción de ser iluminado por Dios para redactarlas y urgir su cumplimiento como si fuesen palabras reveladas como los *Evangelios*. De ahí su insistencia en el *Testamento* para que se cumplieran a la letra, «sin glosas». Francisco tuvo conciencia de que Dios le llamaba a una acción mesiánica y salvadora, a ser heraldo del Gran Rey, Cristo, pregonero de su Evangelio en todo el mundo. *Predicador de la paz universal*.

Entre otros «fenómenos» místicos experimentados tuvo los *estigmas* de la pasión de Jesús, llagas que en el Crucificado causaron los clavos en las manos y los pies y la lanza en el costado. Francisco de Asís pasa por ser el primer estigmatizado de la historia¹⁷. Los cronistas de la época, sus primeros biógrafos, atribuyen también a Francisco el *espíritu de profecía y revelación*, en el sentido más

¹⁶ Sobre la ecología y san Francisco, cf. M. de Marzi, *L' ecologia e Francesco d' Assisi*, Roma, Borla, 1982.

¹⁷ El hecho está suficientemente documentado en fuentes contemporáneas, como la *Vida primera*, de Tomás de Celano, 94-96. Y sobre todo, la interpretación teológica y cristológica de san Buenaventura, *Leyenda mayor*, 13, 1-5.

popular de predecir el futuro o de tener clarividencia de las conciencias ajenas¹⁸, como si estuviese dotado del espíritu de los grandes profetas del A. Testamento. Fruto de ese sentimiento carismático y profético, es la paz que quiere comunicar a todos los oyentes como una gracia que él mismo recibe y que conoce por revelación particular. Las palabras de su biógrafo san Buenaventura no dejan lugar a dudas.

«Al comienzo de todas sus predicaciones saludaba al pueblo, anunciándole la paz con estas palabras: ‘el Señor os dé la paz’. *Tal saludo lo aprendió por revelación divina*, como él mismo lo confesó más tarde. De ahí que, según la palabra profética y movido en su persona del espíritu de los profetas, *anunciaba la paz*, predicaba la salvación y con saludables exhortaciones reconciliaba en una paz verdadera a quienes, siendo contrarios a Cristo, habían vivido antes lejos de la salvación»¹⁹. «*Anunciaba –escribe Celano– devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a quienes encontraba y a quienes le buscaban*»²⁰.

El sentimiento y la conciencia de que *Dios le revelaba* su voluntad es frecuente en sus escritos y en las crónicas del tiempo. Por ejemplo, para conocer la hora de su muerte o la derrota de los ejércitos cruzados en Damietta, revelación profética que se cumplió. Vale la pena recoger parte del texto de san Buenaventura.

«Brilló también en Francisco *el espíritu de profecía* en tal grado que preveía las cosas futuras y descubría los secretos de los corazones. Veía asimismo las cosas ausentes como si estuvieran presentes y se aparecía maravillosamente a los que estaban lejos».

Cuando los cristianos se preparaban a dar la batalla para conquistar Damietta, el cronista transcribe las mismas palabras de Francisco: «El Señor me ha revelado que, si se enfrentan los dos ejércitos, el resultado será desfavorable para los cristianos». Y así sucedió²¹.

3) Francisco, hombre pacífico

Esas gracias de Dios recaían en una naturaleza buena que Francisco había heredado de sus padres. Se puede decir que era «natu-

18 Algunos ejemplos en Celano, *Vida primera*, 26-28, 47-50. *Vida segunda*, 4, 13, 27-54, *passim*. San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 3, 4-6; 4, 4; 6, 5, etc. Y en muchos textos de las *Floreccillas*.

19 San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 3, 2.

20 *Vida primera*, 23.

21 Lo cuenta san Buenaventura, *Leyenda mayor*, 11, 3.

ralmente» bueno, como lo afirman frecuentemente sus biógrafos. Entre las cualidades que destaca Celano, selecciono las siguientes:

«En sus conversaciones, fino, plácido por naturaleza, afable en la conversación... sereno de mente, dulce de ánimo, sobrio de espíritu... Hombre elocuentísimo, de aspecto jovial y rostro benigno... y como era humildísimo, se mostraba manso con todos los hombres, haciéndose con acierto al modo de ser de todos»²².

Si era pacífico por temperamento, lo era también como hombre santo, por virtud evangélica, unida a la vida de austeridad, de pobreza, de humildad y mansedumbre. La descripción de la vida de Francisco con sus primeros discípulos es todo un símbolo de limpieza de alma, de sencillez y de ternura. Vida que concluía en la paz interior y transmitían a todos los que observaban la vida de la comunidad franciscana, como lo hacen notar también los biógrafos.

«En medio de esta vida –escribe Celano– *ejercitaban la paz y la mansedumbre con todos*. Intachables y pacíficos en su comportamiento, evitaban con exquisita diligencia todo escándalo... No cabía en ellos envidia alguna, ni malicia, ni rencor, ni murmuración, ni sospecha ni amargura. *Reinaba una gran concordia y paz continua*... Estas son las enseñanzas del piadoso Padre con las que formaba a los nuevos hijos, no tanto de palabra y con la lengua *cuanto de obra y de verdad*»²³.

4) Francisco, el cristiano hacedor de la paz

Un hombre naturalmente pacífico, pacificado por el espíritu de Dios, se convirtió necesariamente en *pacificador*. Como imitador de Cristo, «príncipe de la paz» y seguidor de su Evangelio que proclama bienaventurados a los «hacedores de la paz», Francisco realizó en vida una extraordinaria labor de pacificación. Los biógrafos son ricos en informes sobre esta faceta de su vida. San Buenaventura le llamó «ángel de verdadera paz»²⁴. No especuló teorías sobre la paz evangélica, sobre los fundamentos racionales de la paz universal, sino que fue un verdadero constructor de la paz. San Buenaventura admiró en el Santo la capacidad de «imprimir sentimientos de ternura en los corazones endurecidos» hasta hacer cambiar los sentimientos de odio en amor, de barbarie en cordialidad²⁵.

22 *Vida primera*, 83.

23 Celano, *Vida primera*, 41.

24 *Leyenda mayor*, prólogo, 1.

25 Cf. San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 11, 6.

a) Paz entre los pueblos

Francisco quiso siempre pacificar su corazón y sembrar la paz entre los hombres, los pueblos y las naciones. En una época en que había rencillas y aun guerra abierta entre el clero regular y el secular (frailes contra obispos y sacerdotes), el Santo quería que los *Frailes Menores* fuesen hombres de paz. «Él quería que sus hijos tuvieran paz con todos», especialmente con los clérigos. «Así, pues, –escribía– estaos sujetos a los preladados, para no suscitar celos en cuanto depende de vosotros. Si sois hijos de la paz, ganaréis pueblo y clero para el Señor»²⁶.

Intervino como mediador para reconciliar al *Podestà* de su ciudad natal, Asís, con el obispo, que estaban enemistados con odio a muerte y nadie se atrevía a intervenir para solucionar el grave escándalo. Francisco, «muy enfermo entonces» –anota el cronista–, lamentó el hecho, ordenó a sus compañeros que, en su nombre, juntasen a los dos enemigos en la casa del obispo, les cantasen el *Cántico del hermano sol*. Milagro o no, la cuestión es que ambos se arrepintieron, se perdonaron mutuamente las injurias y se reconciliaron en presencia del pueblo²⁷.

Francisco solucionó otros conflictos entre pueblos, ciudades, personas, y muchas veces dentro de la orden por él fundada, poniendo paz entre las distintas facciones que se formaron ya en vida del fundador para interpretar su espíritu. No podemos omitir el gesto, tan inaudito, de intentar convertir al enemigo de la cristianidad, el sultán de Egipto, en medio de las guerras de religión entre cristianos. También los cronistas de su vida lo han recordado como gesto inaudito propio de un santo, lleno de buena voluntad, de simplicidad evangélica.

Era tanto su deseo de convertir a todos al cristianismo, no por la fuerza de las leyes y menos con las armas, que, en el mismo tiempo de las cruzadas, Francisco concibió la idea de predicar a los mismos gentiles y aun a los sarracenos, exponiéndose al martirio por Cristo. Con esa idea intentó visitar Siria y Marruecos sin conseguirlo. En un tercer intento, llegó a Egipto y se entrevistó con el sultán Melek-el-Kamel en 1219. Asistió a la derrota de los cristianos en Damietta, que había previsto y profetizado, fue capturado por los guardias, molido a palos, encadenado y presentado al sultán. Interrogado por él, le dijo que venía, enviado por Dios, a predicar «el camino de la salva-

²⁶ Celano, *Vida segunda*, 146.

²⁷ *Leyenda de Perusa*, 84. Y *Espejo de perfección*, 101.

ción y anunciarles el Evangelio de la verdad». «Y predicó ante dicho sultán –sigue el biógrafo– sobre Dios Trino y Uno y sobre Jesucristo salvador de todos los hombres». Dicen las mismas crónicas que el sultán «lo escuchó con gusto y le invitó insistentemente a permanecer consigo». A Francisco le interesaba sólo la conversión del sultán y de su pueblo y ésa fue la condición que le puso para permanecer allí. Intentó –según la crónica– algo que era común en la edad media: convencerle de la verdad que predicaba sometiéndose a la ordalía o juicio de Dios, la prueba del fuego retando a los sacerdotes sarracenos. Y, en caso de no aceptarla, entraría él sólo en el fuego si el sultán le prometía que, en caso de salir ileso, se convertiría a Cristo. El sultán no admitió el reto, le ofreció más bien dones materiales que Francisco no quiso aceptar, y, viendo la inutilidad de su misión entre sarracenos, «avisado por inspiración de lo alto –apostilla la crónica– retornó a los países cristianos». Este es el curioso gesto de este hombre evangélico que quedó plasmado en varias de las viejas crónicas en las que se mezclan, sin duda, hechos reales y legendarios²⁸.

b) Paz y comunión con la naturaleza

Queda por exponer la curiosa y típica sensibilidad que tuvo san Francisco para contactar pacíficamente con la naturaleza, los animales, las plantas, la luz, el agua, el universo entero. Todo le recordaba al Hacedor-Dios. Pocos hombres han existido en la historia del cristianismo que se hayan identificado amorosamente con todos los vivientes, que hayan sentido mejor su misterio profundo, la fascinación por lo sagrado del universo. Todo para él es sacramental, signo y símbolo significante de lo Trascendente y, al mismo tiempo, santificante del buen contemplativo. Esta referencia a lo sagrado del universo es necesaria para entender el sentido de comunión, de respeto, que ha sentido Francisco con la naturaleza, el dominio que ha tenido sobre ella, como anunció Isaías para los tiempos mesiánicos (*Isaías*, 11, 6-9). No es extraño que haya sido proclamado patrono de los ecologistas.

Las anécdotas son muchas y muy simpáticas, pero de profunda significación. Algunas se colocan entre las «floreillas», relatos fantásticos, fabulados, simbolizaciones de ideas que se quieren exaltar.

²⁸ Cf. un relato muy pormenorizado en San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 9, 5-9. Tiene que tener mucha base histórica porque ha sido referido en otras fuentes franciscanas. Tomás de Celano, *Vida primera*, 57. San Buenaventura, *Leyenda menor*, 3, 9. *Floreillas*, 24.

Es famosa, por ejemplo, la del lobo amansado de Gubbio. Estando Francisco en esa ciudad italiana, «apareció en la comarca un grandísimo lobo, terrible y feroz», que se comía a los hombres y a las ovejas. El Santo se enfrentó con la fiera, hizo la señal de la cruz sobre él y le sermoneó: «¡Hermano lobo! Yo te mando, de parte de Cristo, que no hagas daño ni a mí ni a nadie». Dice el piadoso cronista que el lobo se amansó como un cordero y se echó a los pies de san Francisco. Él aprovechó la ocasión para recordarle el daño que estaba haciendo no sólo a los animales, sino a los hombres, «hechos a imagen de Dios». Por eso –le dijo– has merecido la muerte. «Pero yo quiero, hermano lobo, hacer las paces entre ti y ellos [los hombres del pueblo], de manera que tú no les ofendas en adelante, y ellos te perdonen toda ofensa pasada y dejen de perseguirte hombres y perros». El lobo aceptó la propuesta de Francisco, le dio la mano en señal de consentimiento, le condujo al pueblo para que los hombres se comprometiesen a alimentarlo y sellaron las paces. «El lobo –concluye el cronista– siguió viviendo dos años en Gubbio; entraba mansamente en las casas de puerta en puerta, sin causar mal a nadie y sin recibirlo de ninguno. La gente lo alimentaba cortésmente, y, aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Por fin, al cabo de dos años, el hermano lobo murió de viejo. Los habitantes lo sintieron mucho –concluye el piadoso autor de este delicioso relato–, ya que, al verlo andar tan manso por la ciudad, les traía a la memoria la virtud y la santidad de san Francisco»²⁹.

Leyenda o historia, el relato es delicioso, creación genial y dibujo exacto de lo que el pueblo, especialmente sus seguidores directos, sentían de san Francisco. El amor de Francisco por la naturaleza no se consume en esta narración. Él amaba a todos los animales, especialmente algunos que le recordaban a Jesucristo. El amor a la naturaleza es amor a Jesucristo, aceptando como un axioma teológico y vital la encarnación del Hijo de Dios. Completo el relato copiando un texto que escribí en un libro anterior.

«Ese radical cristocentrismo explicaría también la profunda veneración y piedad sentida hacia muchas criaturas animadas e inanimadas que le recordaban la figura de Cristo o sus palabras: los *corderos*, a los que amaba entrañablemente; los *gusanos*, que apartaba del camino para que no los pisasen los viandantes; las *flores* y los *árboles*, que nunca quería fuesen arrancados de raíz, sino talados dejando un tocón para que floreciese de nuevo, porque recordaba que del tronco de Jesé nacería el Mesías; los *papeles*, porque

29 *Floreillas*, 21.

sobre ellos se escribía la palabra de Dios, y los *pergaminos*, por la misma razón y porque le recordaban al Cordero-Cristo, papeles o pergaminos escritos con palabras evangélicas que colocaba en lugares nobles; la *luz*, la *llama* y el *fuego*, que nunca quería extinguir; el *sol* y las *pedras* y peñascos, etc., símbolos de Cristo; el *agua*, que le recordaba el bautismo y la ablución de los pecados; o dejar de cultivar una parte del huerto para que produjera flores silvestres, etc.³⁰.

Esto explica la fraternidad universal que vive y predica Francisco de Asís, y, como consecuencia, *su modo de vivir en paz y de comunicar la paz*, que tiene su último fundamento en su amor a Dios y a Cristo. La orden fundada por él será una fraternidad de «Hermanos Menores». El amor universal está expresado admirablemente en el *Cántico de las criaturas*, o del *Hermano sol*, «la más alta expresión humana de comunión con la vida y con el cosmos inanimado en el que todo se ha convertido en 'hermano': el sol, la luna y las estrellas, el viento, el agua, el fuego, la madre tierra, y hasta la misma muerte. Y no son expresiones retóricas o líricas, sino experiencias de fraternidad universal, relación de amor con todo lo creado como si este hombre medieval hubiese reconquistado la inocencia de un Adán originario recién creado por Dios y no maliciado por Eva y la serpiente. Ambiente edénico y mesiánico, no utopía, sino vivencia de un creyente transfigurado por la gracia-amor»³¹.

Muchas anécdotas se encuentran en las crónicas del tiempo: hagiografías, biografías, florecillas, memoria de la primera generación franciscana, que ha vivido la dimensión naturalista y sobrenatural de su fundador, que ha conservado lo mejor de ese tiempo idílico y mesiánico vivido por san Francisco de Asís y lo ha transmitido como herencia a los belicosos siglos de la humanidad, que han sido todos, y provocan al amor y a la nostalgia a todos los lectores de esas viejas historias³².

30 Cf. Daniel de Pablo Maroto, *Espiritualidad de la baja edad media*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2000, p. 72. Ampliamente tratadas la vida y la doctrina de san Francisco de Asís, ib., pp. 47-88. En las crónicas de la época se encuentran muchos capítulos con referencias a su amor a todas las criaturas y el dominio que ejercía sobre ellas. Cf. en Celano, *Vida primera*, 77. 80-82; *Vida segunda*, 165-171. San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 8, 6-7. *Leyenda de Perusa*, 86-88. *Espejo de perfección*, 117-119.

31 D. de Pablo Maroto, *espiritualidad de la baja edad media*, pp. 82-83.

32 Capítulos ricos de ese espíritu franciscano primitivo son los de Celano, *Vida primera*, 58-60 y 77-82; *Vida segunda*, 165-171. San Buenaventura, *Leyenda mayor*, 8, 6-11. *Espejo de perfección*, 117-119. *Florecillas*, 21-22.

5) Asís, escuela de paz

Por todo lo dicho, la ciudad de Asís es una permanente llamada a la pacificación universal por el recuerdo de san Francisco, el hombre de paz y el sembrador de la paz. De hecho, Asís sigue convocando gentes de todos los países para hablar de paz, para orar por la paz. Es, al mismo tiempo, una *escuela de paz*, porque allí sigue todavía vivo el personaje central de esta historia. Asís no sólo convoca a los cristianos, ni siquiera sólo por motivos religiosos, sino por razones humanistas, por la ética y la estética de la solidaridad universal, cuando se quiere poner paz entre el hombre y la naturaleza a la búsqueda de una moral y espiritualidad ecológicas. Francisco de Asís y el *franciscanismo* superan las barreras de las religiones y las Iglesias para convertirse en un movimiento pacifista universal.

2. Santa Catalina de Siena (1347-1380)

Me he detenido mucho en la historia de san Francisco de Asís porque es un modelo grandioso, como protagonista de una profunda experiencia mística y una vida ejemplarmente vivida *como hombre de paz y hacedor de la paz*. Podría concluir mis reflexiones con él. Pero, como no es el único místico del cristianismo, quiero enriquecer esta historia con otros modelos que completen la panorámica del misticismo cristiano y la idea y praxis de la paz. Elijo algunos otros, valiosos por sus profundas experiencias místicas o por su implicación en los asuntos sociales y políticos de la Iglesia y la sociedad. En el tratamiento seré más breve.

Santa Catalina Benincasa, apellido del padre, más conocida por el lugar de su nacimiento, *Siena*, en Italia, nació en 1347 y murió en Roma, 1380. Desde muy niña tuvo una visión de Cristo, primer fenómeno de su rica e intensa vida mística, que la marcó para toda la vida. A los 16 años se inscribió en las *Hermanas de la penitencia de Santo Domingo*, una especie de orden tercera de los frailes dominicos. De hecho, sus confesores y directores espirituales fueron dominicos, entre ellos el célebre Raimundo de Capua, que fue su biógrafo. Sus *fenómenos místicos* fueron frecuentes: *matrimonio espiritual* con Cristo a los 19 años (1366), con el *cambio del corazón* propio por el de Cristo, fenómeno más bien raro (año 1370); frecuentes *visiones* acompañadas de *éxtasis*, *estigmas* de la pasión de Cristo, aunque no visibles; *espíritu profético y mesiánico*, todos utilizados para ayudar a los necesitados pobres y enfermos mediante

obras de caridad, intervenir en la reforma de la Iglesia y en los negocios seculares y eclesiásticos de su tiempo. Esto significa que sus experiencias místicas no la enajenaban de los problemas temporales o históricos, sino que la inducían a integrarse en ellos.

Es autora de algunas *Obras* no escritas materialmente por ella porque apenas sabía leer y ciertamente no sabía escribir, sino que las dictó, estando en estado extático, a algunos amanuenses que las trascibían. Ella, como otras místicas, creyó que lo hablado y escrito procedía de inspiración y revelación divina, como se lo dijo a su confesor Raimundo de Capua y él lo transmitió en la vida de la Santa (*Vida*, I, cap. 1). Especialmente conocida como obra de Catalina de Siena es el *Diálogo*, que también ha tenido otros títulos, como *Libro de los diálogos*, *Tratado de la Providencia*, *Libro de la misericordia*, etc. Además, escribió unas *Oraciones* y *Soliloquios*, que, junto con las 381 *Cartas* de las últimas ediciones forman lo que se pueden llamar sus *Obras completas*. Muchos dirán que es demasiado poco para ser declarada por el papa de Roma, Pablo VI, en 1970, «Doctora de la Iglesia», junto con santa Teresa de Jesús.

Sus experiencias místicas la hacían vivir la religiosidad con tal intensidad que la contagiaba al círculo de sus conocidos. Su palabra tenía tal fuerza de persuasión que pronto se creó en torno a ella una comunidad o familia espiritual que la tenía por madre («*mamma*»), contándose en este círculo también algunos sacerdotes. Es éste un fenómeno raro y de importancia histórica, ya que en aquellos momentos la Iglesia estaba fuertemente jerarquizada, era eminentemente patriarcal y la mujer contaba poco. Catalina aceptó la mentalidad y la praxis androcéntrica de la Iglesia, pero su influencia se dejó sentir en muchos ámbitos eclesiales. Su modo de actuar tenía un fundamento en su carácter voluntarioso, que se expresa en la expresión «*io voglio*» (yo quiero), fórmula usada repetidamente en las *Cartas*. No expresaba vanidad o soberbia, sino un convencimiento de que cumplía una ley superior, la de Dios, conocida por especial revelación. Al mismo tiempo, usaba fórmulas indicativas de humildad, como en muchas de sus cartas: «Sierva y esclava de los siervos de Jesucristo», o «Indigna, mísera, miserable hija Catalina», cuando escribía a los papas Gregorio XI y Urbano VI³³.

33 Basta leer cualquiera de sus cartas. En traducción española puede verse la edición de José Salvador y Conde, *Epistolario de Santa Catalina de Siena. Espíritu y doctrina*, 2 vols., Salamanca, San Esteban, 1982. En mi estudio «Mística femenina y experiencia de Dios»: *Revista de Espiritualidad*, 60 (2001) 550-554, me refiero a la conciencia que tienen las místicas de que Dios se les revela. Y, en pp.

Su actividad político-eclesiástica y social es bien conocida, encaminada fundamentalmente a *tres fines*, como prueban las cartas dirigidas al papa Gregorio XI: a) *procurar la paz entre los reyes de las naciones cristianas*; b) la conversión de los no cristianos, especialmente de los musulmanes aunque fuese mediante la cruzada; c) el retorno del papa a Roma (que residía, como sus antecesores, en la ciudad francesa de Aviñón desde 1309), junto con la reforma de la Iglesia cristiana³⁴. Repasando su vida y leyendo sus obras, especialmente sus *Cartas*, se diría que su destino fue *vivir en paz y procurar la paz entre las naciones cristianas*.

A ella le tocó vivir en tiempos turbulentos de Europa, especialmente en Italia, donde unas ciudades luchaban contra otras, a veces por estar a favor del Emperador alemán (gibelinos) o del papa de Roma y de los derechos comunales (güelfos). El papa, como señor de los «Estados Pontificios», que ocupaban gran parte de Italia central, entraba en conflicto con los Estados vecinos, dándose la curiosa paradoja histórica de que los gobernantes políticos declaraban la guerra al papa como soberano territorial, pero al que, al mismo tiempo, le debían obediencia como jefe supremo de la Iglesia de la que eran súbditos como cristianos. La actuación de santa *Catalina de Siena se decantó decididamente por la paz*.

«Catalina –escribe un biógrafo moderno–, por reacción a ese estado permanente de sobresaltos, *se constituyó en pregonera de la paz*. Por ella trabajó denodadamente toda la vida. Como mensajera entre diversos bandos, recorrió diversas ciudades, Pisa, Lucca, Florencia, Aviñón y Roma, como más principales. En misión de paz se internó en Val d' Orcia. Una cantidad respetable de cartas tienen esa mira de instauración de la paz. *Rechaza la guerra como medio para obtenerla*, aunque signifique un bien inmediatamente directo para el papa, a quien defiende siempre... La paz en ella era una de las razones que alegaba en sus predicaciones y cartas cuando recomendaba la cruzada, sueño que nunca vería realizado»³⁵.

La biografía de la Santa y sus obras escritas demuestran que su acción no se circunscribió a la contemplación mística o a la caridad con el prójimo, sino que tiene también una dimensión política y eclesial. En cualquier caso, *acciones de paz*. Nadie duda hoy del

566-574, ayuda de los varones, aun eclesiásticos, a las mujeres místicas de las que se consideraban discípulos y colaboradores. Todo el trabajo, pp. 529-576.

34 Cf. *Cartas* al Papa nn. 185, 196, 209, 218, etc., de la edición citada en nota anterior.

35 José Salvador y Conde, «Introducción» a *Obras de Santa Catalina de Siena*, Madrid, BAC, 1980, pp. 7-8.

influjo que ejerció santa Catalina sobre el ánimo de Gregorio XI para que abandonase Aviñón y volviese a Roma, como lo hizo en 1378. Poco después, en 1380, murió esta profetisa mística, como si su misión en la tierra hubiera sido el *construir la paz y colaborar en la reforma de la Iglesia* en uno de los momentos más problemáticos de su historia. Las *Cartas* de la Santa al Pontífice son muy conocidas y claras a este respecto. En ellas le llama «Padre mío», «Padrecito mío», «dulce Cristo en la tierra», etc., y le escribía «de parte de Cristo crucificado», hablándole con frecuencia de la paz y la superación de la guerra: «¡Paz, paz, paz, dulce padre mío, y no más guerra!», «¡Paz, paz, por el amor de Dios!», «Hemos hecho la guerra a Dios», le repetía insistentemente en sus cartas al pontífice de Roma. Y también: «¡Oh padre mío, vos estáis puesto entre nosotros para hacer la paz!». «¡Paz, paz, por el amor de Cristo crucificado!... Con la paz eliminaréis la guerra, el rencor del corazón y la división». Con esta valentía hablaba una mujer medieval al hombre más poderoso, más por el poder espiritual que territorial, de Europa. Algo que resulta inaudito creer como escritas en aquel momento³⁶.

3. Santa Brígida de Suecia (1303-1373)

El caso de santa Brígida de Suecia guarda un cierto paralelismo con el de santa Catalina de Siena, aunque se observan también bastantes diferencias. Nació en Finsta, cerca de Uppsala, en Suecia. Emparentada con la nobleza sueca, se casó y fue madre de ocho hijos, entre ellas, santa Catalina de Suecia. Peregrinó a Santiago de Compostela, la Tierra Santa de Palestina, Roma y otros santuarios italianos. A Roma se trasladó definitivamente en 1349-1350 y allí murió con fama de santidad y de profetisa en 1373. Después de la muerte del marido, entre 1344-46, comenzaron sus experiencias místicas o comunicaciones divinas, como son las *locuciones, visiones corporales e intelectuales, apariciones* de Cristo, de la Virgen María, los ángeles y los santos, *revelaciones* de contenido religioso y polí-

36 Pueden leerse las *Cartas* 196, 209, 218, 229, 252, 255 y 270 de la edición citada. Como mera aproximación al tema, con textos de la Santa, se pueden leer dos breves trabajos y seguir leyendo la bibliografía citada. Claudio Leonardi, «Catalina la mística», en F. Bertini (Dir.), *La mujer medieval*, Madrid, 1991, pp. 203-226. R. García Villoslada, *Historia de la Iglesia católica. III: Edad nueva*, Madrid, BAC, 1960, pp. 176-182. También, G. Petrocchi, «La 'pace' in S. Caterina da Siena», en AA. vv., *La pace nel pensiero, nella politica, nell' ideali del Trecento*, Todi, 1975, pp. 11-26.

tico, *éxtasis*, *profecías*, etc. También fundó un convento «doble» (de varones y mujeres, pero en edificios separados), dirigido por una abadesa, en Valstena, bajo la regla de san Agustín. En la edad media antigua era una fórmula conocida que con el tiempo fue desapareciendo. Como sucedió con santa Catalina de Siena, también en torno a santa Brígida se creó un grupo de discípulos que la seguían como a una verdadera maestra.

De sus experiencias místicas nacieron las diversas obras escritas que se le atribuyen, redactadas más bien con ayuda de amanuenses y traductores, tenidas por ella como inspiradas directamente por Dios. Por ejemplo, los 8 libros de *Revelaciones*, recogidas y publicadas después de su muerte, más uno de «extravagantes». *La Regla del Salvador*, para la institución religiosa fundada por ella, las Brigidinas, pretendidamente también revelada por Cristo. El *Sermo angelicus*, sobre las excelencias de la Virgen María, que habría tenido la misma procedencia divina. Por todo ello fue tenida en su tiempo como «profetisa de Dios», «la vidente», «la mística del Norte», «esposa [mística] de Cristo» y muy venerada especialmente en Roma, aun durante su vida. Aunque también las *Revelaciones* suscitaron muchos debates en la Iglesia católica. Su ortodoxia y veracidad fueron debatidas en algunos concilios ecuménicos, como los de Constanza (1414-1448) y Basilea (1433-1436), y opinaron sobre ellas los teólogos más famosos, como el cardenal dominico Juan de Torquemada. En cualquier caso, su carisma profético y mesiánico procede de su profunda experiencia mística.

Sus actuaciones religiosas y políticas tienen también un cierto paralelismo con santa Catalina de Siena. Asumió, como ella, un destino profético y mesiánico avisando a reyes, grandes de este mundo y pontífices romanos sobre temas concernientes al gobierno de los reinos cristianos, especialmente de Suecia y de la Iglesia cristiana. Habría que recordar la influencia que pudo tener en *la pacificación de la Iglesia*, perturbada por la larga ausencia de Roma de los sumos pontífices, residentes en Aviñón desde 1309. Parece cierto que amenazó al papa Urbano V con la muerte inmediata si abandonaba Roma, adonde había vuelto desde Aviñón (1367-1370). El papa no hizo caso de la admonición de la vidente, volvió a Aviñón y poco después la profecía se cumplió. Muchas palabras proféticas dirigió a su sucesor, el papa Gregorio XI, conminándole a que dejase Francia y volviese a su sede romana, pero sin conseguirlo. Estaba reservado a santa Catalina de Siena, como vimos.

Es difícil decir si esas misivas son de origen celeste o expresan más bien un deseo de Brígida, una romana de adopción, que se

hacia eco del nacionalismo de los italianos, especialmente de los ciudadanos de Roma. La dimensión política de la mística no es infrecuente en ese tipo de experiencias, como lo documenta la *Historia de la espiritualidad*. En cualquier caso, el deseo de reforma de la Iglesia lleva implícito también otro deseo: *poner paz en las conciencias de sus conciudadanos*. Por eso la hemos recordado aquí³⁷.

4. Santa Juana de Arco (1412-1431)

De mayor significación política en la historia de Europa es la acción de santa Juana de Arco, heroína para los franceses, y que encaja perfectamente en un estudio como el presente sobre *mística y paz*. Sin embargo, el estereotipo de místico pacificado por los dones de Dios y, por eso mismo pacificador, no nos sirve porque Juana de Arco es defensora primero de la paz y, en caso de que fracase, de la guerra. Su experiencia puede resultar interesante también para los tiempos modernos. Quizás haya que mirar, como lo más distintivo, no su armadura de soldado, sino el símbolo de su estandarte, *que es un signo de paz*: el mundo entero está en la mano de Cristo. *La invocación a Jesús*, tantas veces repetido, hasta en el momento de entregar la vida por la causa de la liberación, *es un referente de paz*.

Nació en Donremy en 1412 y murió en Rouen a la edad de 19 años en 1431. Se trata de una joven de pueblo, analfabeta, que no ha escrito nada sobre sus experiencias religiosas, pero su vida de intensa piedad es conocida por el doble *Proceso de condenación* y el *Proceso de Rehabilitación o Nulidad* del anterior.

Centremos su acción en la experiencia mística y en sus actividades políticas. Juana de Arco actúa en el contexto bélico de la «guerra de los cien años» entre Francia e Inglaterra (1338-1453) por motivos económicos, dinásticos y de posesiones territoriales. En tiempos de Juana, el rey Enrique V y los ingleses ocupaban algunas ciudades francesas y el rey francés Carlos VII quedaba desheredado por el

37 Información y bibliografía en cualquier *Historia de la Iglesia*. Por ejemplo, son suficientes las breves páginas que le dedica R. García Villoslada, *Historia de la Iglesia católica*. III, Madrid, BAC, 1960, pp. 174-176. Estudio complejo serio es el de Iginio Cecchiatti, «Brigida di Svezia», en F. Caraffa - G. Morelli, *Bibliotheca sanctorum*, III, Roma, 1963, pp. 440-530. Aunque estudio parcial, es valioso por el uso de fuentes y bibliografía más moderna, Ingvar Fogelqvist, *Apostasy and Reform in the Revelations of St. Birgitta*, Stockholm, Almqvist and Wiksell International, 1993.

Tratado de Troyes (1420). Fue en el asedio inglés a la ciudad francesa de Orleáns (1429) cuando aparece Juana de Arco diciendo haber oído unas «voces» celestes de parte del «Rey del cielo», que le dicen haber sido elegida por Dios para liberar la ciudad, proponer a los ingleses la retirada de Francia y coronar a Carlos VII en Orleáns como verdadero rey de los franceses. Y, en caso contrario, se la comisionaba para echar a los ingleses a su tierra aunque fuese por medio de las armas. Sus palabras, pronunciadas en el *Proceso de condenación* como recibidas del cielo y que nos transmiten los documentos, son claras: «Dejad irse a los ingleses, no los matéis... su retirada me basta... *Si no quieren la paz, habrá guerra... haré matar a todos*». Y lo dice apelando a Cristo libertador, no al Dios del Antiguo Testamento³⁸.

Esta es la curiosa misión que el cielo encomienda a una joven de unos 17 años. Para ello tenía que hablar al rey de Inglaterra, al rey de Francia y, curiosamente, sin mención alguna de la Iglesia, también necesitada de reforma. Su cometido es estrictamente político. Además, Juana tiene una certeza absoluta de que las voces procedían de Dios, que la llamada a liberar Francia de los invasores era auténtica, y esta certeza crea conflictos con la autoridad eclesiástica que la someterá a un largo proceso hasta su condena a muerte. Pocas veces encontramos en la historia de la mística un caso tan singular y tan dramático³⁹.

La figura de Juana de Arco y su quehacer en la historia resulta original: una mujer mística se convierte en profeta con una misión política, social y militar al mismo tiempo. Es cierto que el clima de exaltación profética y mesiánica no es raro en esos tiempos de crisis de la Iglesia, propicios a la aparición de mesías salvadores. Y también es seguro que la mentalidad de los teólogos era adversa a la intervención de las mujeres, sobre todo analfabetas, en la marcha de la sociedad y de la Iglesia. No es extraño que muchos teólogos de su tiempo vieses con malos ojos que una joven se presentase en sociedad como portadora de mensajes divinos tan comprometidos y comprometedores. En este contexto debemos entender la experiencia mística y la acción profético-liberadora de Juana de Arco⁴⁰.

38 Cf. las palabras del proceso citadas por François Marie Léthel, *Connaître l' amour du Christ qui surpasse toute connaissance. La théologie des saints*, Venasque, Éditions du Carmel, 1989, especialmente, pp. 332-333.

39 Muchas de las palabras de Juana conservadas en el *Proceso de condenación* reproducen esta certeza. Cf. en François Marie Léthel *Connaître l' amour du Christ...* especialmente, pp. 317-326.

40 Es interesante el estudio de André Vauchez, «Jeanne d' Arc et le profetisme féminin des XIVe et XVe siècles», en AA.vv., *Jeanne d' Arc. Une époque, un*

Si la historia posterior aceptó como verdaderas las experiencias místicas de Juana de Arco, como lo demuestra la anulación del *Proceso de condenación* y la canonización oficial en 1920, estaríamos ante un caso en el que *vida mística y actividad política y bélica* (liberación de un pueblo por la guerra) no sólo pueden coexistir, sino que el contacto con lo divino alimenta y fortalece esa acción liberadora. En la santa francesa se distingue bien el triple estadio que viven las personas destinadas a cumplir una misión salvadora: la llamada o *vocación divina* (por la experiencia mística, «voces» oídas), la acción liberadora o cumplimiento de *una misión* encomendada (la liberación de Francia ocupada injustamente) por medio de la guerra, y *la pasión* o la entrega de la vida en el martirio, consumando el servicio en un acto de caridad perfecta.

Juana de Arco fue condenada por un tribunal eclesiástico por prácticas de hechicería, de brujería, de inmoralidad por vestir como los hombres un traje de soldado, y fundamentalmente por hereje recalcitrante al no someterse al juicio del tribunal que la juzgaba. En consecuencia, fue entregada a los ingleses que la aplicaron la pena establecida para los reos convictos y contumaces: condenada a ser quemada viva en Rouen en 1431. La actuación «política» de la Santa, *misión de paz mediante la guerra*, se podía enmarcar en un ámbito más general, como una teología de la liberación, como un acto de servicio caritativo para liberar a un pueblo oprimido⁴¹.

5. Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz

Con los grandes místicos españoles del siglo XVI, santa Teresa y san Juan de la Cruz, los términos «guerra» y «paz» cambian de significado desde una referencia social y política a las zonas más íntimas del alma. En esas profundidades del ser, las experiencias místicas de Dios en la unión transformante generan *paz, sosiego, quietud, reposo, calma, tranquilidad, serenidad*, etc. Asomarse a las simas

rayonnement. (Colloque d'histoire médiévale, Orléans, Octobre 1979), Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1982, pp. 159-168.

41 En este sentido, y en otros muchos, es sumamente recomendable el capítulo que dedica a Juana de Arco François Marie Léthel en *Connaitre l'amour du Christ qui surpasse toute connaissance*, cap. IV, pp. 299-362. Utiliza fuentes de primera mano, como son el *Proceso de condenación* (1431) y el *Proceso de nulidad, o rehabilitación* (entre 1450 y 1456). También, Id., «Santa Giovanna D' Arco (1412-1431): Preghiera, liberazione, pace», en AA. vv., *Sul monte la pace. La preghiera e la pace*, Roma, Teresianum, 1990, pp. 95-115.

profundas e interioridad de los grandes místicos cristianos es tocar lo más esencial del ser humano, la psicología del profundo, el yo del hombre transfigurados e iluminados por lo Absolutamente Otro, por lo «sobrenatural». La experiencia mística de Teresa y Juan de la Cruz está significando que el encuentro plenario con Dios tiene una función terapéutica, es un sedante para el mundo revuelto de los instintos y las pasiones humanas, del mundo tiránico de los «apetitos», como demuestra san Juan de la Cruz.

La mística cristiana auténtica forma personas totales, instaure en el alma los grandes valores humanos y religiosos, cristianos, crea un «hombre nuevo», una «nueva criatura», como dice san Pablo (*Efesios*, 2, 15 ss.; 2 *Corintios*, 5, 17; *Colosenses*, 3, 9), cambiando el corazón de piedra en corazón de carne, según las antiguas profecías de Jeremías (31, 33) y Ezequiel (36, 27; 37, 4). Esos mismos valores preanunciados por los profetas para los tiempos mesiánicos, los cristianos creemos que se han cumplido en Cristo y en sus seguidores, los santos, en los que no rige la ley externa, sino que el mismo Dios se hace ley en su interior. Así lo escribió san Juan de la Cruz en un dibujo a mano del monte Carmelo: «Ya por aquí no hay camino porque para el justo no hay ley; él para sí se es ley»⁴². Los místicos son los que regeneran el tejido de las realidades mundanas, corrompidas por las pasiones desordenadas de los hombres⁴³.

— *Santa Teresa de Jesús (1515-1582)*

Nació en Avila en 1515 y murió en Alba de Tormes (Salamanca) en 1582. Después de una infancia precozmente religiosa y una adolescencia normal en casa de sus padres, vivió un breve tiempo en un internado de monjas agustinas en Avila donde maduró su vocación religiosa. Profesó como monja carmelita en el convento de *La Encarnación* en su ciudad natal en 1537. Su juventud y madurez los pasó en ese mismo convento con graves enfermedades, entre «pasatiempo y pasatiempo, vanidad y vanidad» (*Vida* 7, 1), dando rienda suelta a su fogosa afectividad, sin perder nunca la «honra» ni pecar gravemente. En medio de esas borrascas afectivas, tuvo dos momentos fuertes de «conversión». La *primera* con la mediación de Cristo

42 En *Obras completas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1993⁵, p. 137 (dibujo), p. 140 (texto).

43 Este tema lo he recogido en mi obra *El camino cristiano. Manual de Teología Espiritual*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1996, pp. 253-256. Todo el contexto, pp. 243-268: la vida según el Espíritu Santo.

hombre contemplado en su pasión (*Vida* 9, 1), y la definitiva mediante la fuerza sanante del Espíritu Santo (*Vida* 24, 5). Tendría ella en torno a cuarenta años (1554-1556). A partir de esa fecha, los «fenómenos místicos» se precipitan en cascada: *locuciones o hablas divinas*, *visiones* de Cristo, de los santos, de la Santísima Trinidad, *revelaciones* y espíritu profético, *éxtasis* y *arrobamientos*, hasta el «matrimonio espiritual» con Cristo como consumación del amor místico y la unión transformante en Dios.

Esta intensa vida mística no suprimió, sino que alentó una prodigiosa y casi inexplicable vida activa y creadora. En torno a sus 45 años (1560), inició una faceta nueva en su vida: la de *escritora*. Y poco después (1562), la de *reformadora* de su orden del Carmen. Entre 1562, primera fundación de la nueva Reforma en *San José* de Avila, y la última de Burgos en 1582, fue quemando su vida en una acción desbordante. No sólo fundó y dirigió la vida de 16 conventos de monjas, sino, mientras tanto y con un cuerpo enfermizo, escribió obras inmortales de ascética y mística, narración de una experiencia interior y exterior, como mujer de experiencia espiritual y como *fundadora* de conventos reformados. Así fue redactando su *Autobiografía* (1565), las *Moradas o Castillo interior* (1577), dos redacción del *Camino de perfección* (1566-1567), *Fundaciones* (1573-1582), unas catorce mil *Cartas*, de las que se conservan unas quinientas. Además de otras obras menores.

Resumir en pocas páginas su *experiencia de paz interior*, causada por su vivencia mística, y su doctrina sobre la misma, es una osadía por mi parte e imperdonable por la suya, pero voy a intentarlo muy limitadamente. Basta constatar el hecho al que aludía más arriba: *los místicos son sujetos pacificados y predicadores de paz*. Pero no basta leer sus escritos. Es necesario conocer sus vidas. Cualquier texto místico nos remite, como un iceberg, a un continente oculto, parte de un botín a conocer y a conquistar. Si hubiera que recordar algún texto particular, me fijaría en los siguientes.

El primero pertenece a los comienzos de la vida mística, lo que Teresa de Jesús llama la oración de «quietud», no conseguida por ejercicios psicofísicos o ingestión de drogas alucinógenas, sino inducida por Dios en el orante. Y por lo mismo pertenece ya a los niveles místicos de la experiencia de oración. «Esta quietud y recogimiento del alma –dice– es cosa que *se siente mucho en la satisfacción y paz que en ella se pone*, con grandísimo *contento* y *sosiego* de las potencias y *muy suave deleite*» (*Vida* 15, 1).

Esa misma oración de quietud la compara la Santa con una fuente de agua que mana en lo profundo del ser humano habitado

por Dios que causa «*grandísima paz y quietud y suavidad*» en lo interior de nosotros mismos; es un «contento y deleite» que no se siente al principio en el corazón, pero «después todo lo hinche, vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias hasta llegar al cuerpo, que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros... *Todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad*» (*Moradas*, IV, 2, 4).

El sentimiento de paz cada vez más profunda embarga al alma contemplativa y orante en la medida que va avanzando en el proceso de interiorización, de purificación y de invasión de lo divino. En las *Moradas* VII, prácticamente no se oye el rumor del inquieto espíritu del mal ni de las propias pasiones. Las ofensas a la propia dignidad, la maledicencia de los enemigos, el desamor de los amigos, casi no llegan a perturbar el alma, sino que *todo en ella es un recinto de paz y de quietud*. Hay que leer despacio las VI y VII *Moradas* para constatar los efectos buenos de la profunda espiritualidad de los místicos. Algunos textos son altamente sintomáticos, especialmente los que describen el estado en que se encuentra el alma unida a Dios que ella expresa con el símbolo bíblico del *matrimonio espiritual*, que tanta fortuna tuvo en la tradición espiritual de Oriente y Occidente.

«Siempre queda el alma con su Dios en aquel centro», escribe (*Moradas*, VII, 2, 4). «Ella –como he dicho– no se muda de aquel centro *ni se pierde la paz*; porque el mismo que la dio a los apóstoles, cuando estaban juntos, se la puede dar a ella» (*Moradas*, VII, 2, 6). «No se entienda –escribe también– que las potencias y sentidos y pasiones están siempre en esta paz; el alma sí; mas en estotras moradas no deja de haber tiempos de guerra y de trabajo y fatigas, mas son de manera que no se quita de su paz y puesto. Esto es lo ordinario» (*Moradas* VII, 2, 10).

Por último, y por abreviar, la Santa dedicó unas jugosas páginas a comentar unos versículos del *Cantar de los Cantares*, que comienza con el «Bésemme con el beso de su boca» (1, 1). «El beso –comenta ella– es señal de paz y amistad grande entre dos personas». Y aprovecha el breve y truncado comentario al libro bíblico para hablar de la «falsa paz» que dan al alma sus enemigos, el demonio, el mundo y la carne (cap. 2). Y la «verdadera paz que Dios concede al alma» por su unión con Él (cap. 3).

Pero la paz no es sólo efecto de la relación con Dios, de la unión transformante en Él; sino que Dios la da *para construir una comunidad unida y en paz*. La reforma teresiana está pensada como vida evangélica en pequeñas comunidades, como los doce apóstoles con

Cristo cabeza, comunidad orante por encima de todo. Pero teniendo como fundamentos tres virtudes: «amor unas con otras [caridad]... desasimiento de todo lo criado [vida ascética]... verdadera humildad» [vivir en verdad] (*Camino de perfección*, 4, 4). Ése es el precio que tiene que pagar el que vive en comunidad si quiere vivir en paz. Es importante –viene a decir la Fundadora– observarlas, «para tener la paz que tanto nos encomendó el Señor, interior y exteriormente» (ib.). Haciendo historia de una de sus comunidades (la de Caravaca de la Cruz – Murcia), recuerda que esos consejos del *Camino de perfección* se están cumpliendo y por eso las monjas viven en paz. La vida –recuerda la Santa– consiste en vivir sin temor a la muerte ni los sucesos amargos, y hasta en tener alegría en la pobreza. Y, si se es capaz de aceptar esas cosas, la comunidad vivirá en paz: «Pues, ¿a qué se puede comparar –pregunta la Fundadora– *la paz interior y exterior con que siempre andáis?*» (*Fundaciones*, 27, 12)⁴⁴.

— *San Juan de la Cruz (1542-1591)*

Nació en Fontiveros (Avila) en 1542. Su formación académica fue bastante completa. Estudió humanidades en el colegio de jesuitas en Medina del Campo (Valladolid), filosofía y teología en la Universidad de Salamanca, aunque en los libros académicos no consta que estudiase más que tres cursos de filosofía y uno de teología. No se excluye que completase la carrera teológica en el colegio de su orden. Profesó y se ordenó de sacerdote como carmelita de la Antigua Observancia, y, después de un encuentro con santa Teresa, aceptó su reforma de la Orden, siendo tenido por el primero y el más importante de los carmelitas «descalzos», su primer maestro de novicios y primer formador. Desempeñó varios cargos en la orden y tuvo la suerte de ser confesor de santa Teresa, con la que pudo comunicar su espíritu, semejante al suyo en los vuelos místicos. Murió en el convento de Úbeda, en Andalucía, en un estado de despojo de todo, bastante abandonado por los que en aquellos momentos dirigían la Reforma. Era el 14 de diciembre de año 1591⁴⁵.

44 Como obras complexivas sobre santa Teresa, cf. A. Barrientos (Dir.), *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2002, 678 pp. Además, AA. vv., *Actas del Congreso Internacional Teresiano (Salamanca, 4-7 octubre 1982)*, 2 vols., Salamanca, Universidad, 1983.

45 La biografía del Santo más conocida y apreciada, no obstante sus defectos, es la de Crisógono de Jesús Sacramentado, *Vida de San Juan de la Cruz*, Madrid, BAC, 1946. Tiene muchas ediciones posteriores y está traducida a varias lenguas modernas, entre otras, al inglés, francés, italiano y alemán.

Como escritor, es el poeta místico cristiano más importante, y, como poeta lírico, uno de las cumbres de la lengua castellana. Escribió poco, pero todo muy profundo y original. Aunque aparentemente no son escritos autobiográficos, el autor se transparenta en ellos. No se puede escribir con esa hondura religiosa sin tener una amplia experiencia de los caminos del espíritu y sin fuertes experiencias místicas. Sus obras son mundialmente conocidas y están fundadas en grandes símbolos de la humanidad, como la noche, el camino-subida, la llama. *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura*, *Cántico espiritual*, *Llama de amor viva* y una breve colección de *Cartas* que se han conservado de las muchas que debió escribir. Sus obras, como las de santa Teresa, están publicadas en todas las lenguas cultas del mundo.

Paz es una palabra entrañable para él, ya que la utiliza 161 veces, mientras que *guerra* sólo 25 veces. Los sinónimos son también significativos: *calma*, *descanso*, *ocio*, *quietud*, *reposo*, *serenidad*, *sosiego*, *tranquilidad*, etc. Su *doctrina sobre la paz* comienza con la pacificación interior del ser humano, sometido a las fuerzas disolventes de las malas tendencias, lo que él llama los «apetitos», que describe con un realismo inaudito, en un análisis despiadado de los últimos resortes del yo. Después de ese análisis de las interioridades del ser humano, de sus instintos más salvajes y profundos, el Santo deduce que el hombre necesita a Dios, una especial influencia de sus dones, para poder purificarse y poner sosiego en tanta guerra. Concluida la acción purificadora mediante las «noches» de los sentidos y del espíritu, de forma activa y pasiva, *el hombre conquista la verdadera paz interior que se transparenta en la vida social y política*⁴⁶.

San Juan de la Cruz describe un mundo interior pacificado por Dios no solamente creído y aceptado en fe, sino vivido, experimentado como presente en lo más íntimo del ser, a veces como «noche» purificadora, a veces como «llama» que ilumina, que expone en la *Llama de amor viva*, a veces como amigo que se esconde en los celajes de las criaturas o en la «cristalina fuente» de la fe, de la que nos habla en el *Cántico espiritual*. Además, actuante como salvador y redentor de las miserias humanas, analizadas en *Subida-Noche*. Acercarse primero a ese mundo de oscuridad que es el hombre irredento, iluminado después por la «llama de amor viva» que es la Trinidad del Nuevo Testamento, causa un verdadero asombro a los lec-

46 Cf. *Subida del Monte Carmelo*, libro I, caps. 3-13. *Noche oscura*, libro I, caps. 1-7.

tores de sus obras. Sólo al final del proceso de purificación de los «deseos», de los «apetitos» o tendencias malsanas, vicios asentados en la psicología, el hombre puede conseguir la *libertad* interior y exterior, compañera inseparable de la *paz*. La *guerra* contra las tendencias pecaminosas es generadora de *paz*. El hombre es incapaz de ahondar en la purificación de su mundo interior irredento. Por eso necesita la actuación divina, que es una influencia sobrenatural de Dios en el alma bajo la forma de purificación «pasiva», simbolizada en la «noche».

«Tal es la obra –escribe– que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del día... Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda; y el dolor espiritual es íntimo y delgado, porque el amor que ha de poseer ha de ser también muy íntimo y apurado» (*Noche oscura*, II, 9, 9).

La obra purificadora de la noche oscura pasiva la nota el hombre en la quietud total del espíritu y del cuerpo. «Y enjugados así los apetitos del alma –escribe el Santo–, síguense, demás de los dichos, por medio de esta sobriedad espiritual, admirables provechos en ella. Porque *apagados los apetitos y concupiscencias, vive en alma en paz y tranquilidad espiritual, porque donde no reina el apetito y concupiscencia no hay perturbación, sino paz y consuelo de Dios*» (*Noche oscura*, I, 13, 3).

En este clima de purificación advienen otras experiencias místicas como el «desposorio espiritual», que «denota un alto estado y unión de amor», y queda el alma «adornada de los bienes que digo, *comiéndale un estado de paz y deleite y de suavidad de amor*» (*Cántico espiritual*, 14-15, 2). El Amado-Dios es para la amada-esposa como los «ríos sonoros», que embisten al alma como un «torrente del Espíritu de Dios», «ríos de paz» (*Cántico espiritual*, ib., 9). También el Amado-Dios es como una «noche sosegada» para el alma enamorada. «En este sueño espiritual –escribe el Santo–, que el alma tiene en el pecho de su Amado, *posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche* y recibe juntamente en Dios una abisal y oscura inteligencia divina» (ib., 14-15, 22).

Finalmente, una vez consumado el «matrimonio espiritual» de amor entre el Amado-Cristo y el alma enamorada –por seguir el símil sanjuanista–, ésta consigue vivir y gozar de una paz total e inquebrantable. Está recostada sobre un lecho construido de paz y en la paz, ajena ya a todo temor. «Para mayor inteligencia del cual –escribe– es de saber que cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte, y, por el consiguiente, en el alma que las posee

hacen estos tres efectos, conviene a saber: *paz, mansedumbre y fortaleza...* y tienen las virtudes al alma tan *pacífica y segura*, que le parece *estar toda ella edificada de paz*» (*Cántico espiritual*, 14, 8). Y en esa paz continúa el alma enamorada del *Cántico espiritual* en los últimos estadios del camino místico: en soledad con su Amado Cristo, en la soledad de todas las cosas, ensimismada en un abismo de paz, en «*una estabilidad de paz y bien inmutable*» (*Cántico espiritual*, 35, 1)⁴⁷.

Con este ambiente de paz interior concluimos, mientras en muchas partes del mundo siguen las guerras, las guerrillas y el terrorismo. El hombre no aprende de la historia y sigue practicando la guerra como en los comienzos de su evolución. Han cambiado los medios, hoy tan poderosos, antiguamente tan parecidos a los que utilizan los animales. Esperemos que las guerras futuras sean siempre para instaurar la paz, porque, en ese caso, serían menos inmorales. El estudio que hemos hecho de algunos «místicos» cristianos se puede completar con otros muchos, cristianos o no, porque las experiencias místicas profundas de Dios suelen coincidir en lo esencial. Es el campo que quedaría por analizar. Pero, como dijimos al comienzo, este estudio realizado puede servir de pauta de lectura para otros muchos.

DANIEL DE PABLO MAROTO, OCD

SUMMARY

In the first part of this article the author summarizes the essential characteristics of mystical Christian experience: a perception of the *Ego* as inherent to being and of God as transcendent; a feeling of the presence of God, of human passivity and divine free gift; the prophetic value of mysticism and the step from an experience which is beyond

47 Obras complexivas sobre el Santo son las siguientes. AA. vv., *Introducción a la lectura de San Juan de la Cruz*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1993 (reimpresión). AA. vv., *Actas del congreso internacional sanjuanista (Avila, 23-28 de septiembre de 1991)*, 3 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León, 1993. Manuel Diego Sánchez, *Bibliografía sistemática de San Juan de la Cruz*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 2000.

words to the expression of that experience. Moreover, he refers to the profound significance of the appearance of mystics in history. In the second part, he studies the theme of peace in some of the more significant mystics from the 14th to 16th centuries: St. Francis of Asisi, St. Brigid of Sweden, St. Catherine of Siena, St. Joan of Arc, St. Teresa of Jesus and St. John of the Cross. Each of them offers experience and doctrine of very distinct types. And, on the whole, the author believes that this can be the key to understanding other mystics.